

UN PROBLEMA FORESTAL

LOS ROBLES DE RENTERIA, FRENTE AL PINO INSIGNIS

Por Iñaki LINAZASORO

El municipio de Rentería ha dado un ejemplo y una pauta a seguir al resto de los pueblos guipuzcoanos, sacando partido de una conmemoración universalmente festejada, cual es el «Día Mundial Forestal». Fue a mediados de marzo —no recuerdo la fecha— cuando una caterva de chiquillos renterianos abandonaron sus quehaceres escolares para trasladarse al lejano parque municipal de Listorreta, y de allí hasta Malbazar, al objeto de proceder a la plantación de tres mil retoños de robles y hayas.

La jacarandosa peregrinación infantil fue presidida por las autoridades locales y animada por los *txistularis*, instrumento tan vinculado a la acariciante sombra de los caducifolios en las estivales romerías éuskaras.

La fiesta forestal de los *errenderitarrak* abre un portillo a la esperanza. Aunque no fuera más que por mimetismo, si todos los municipios guipuzcoanos conmemorasen de esta guisa la intitulada «Fiesta del Arbol», en pocos años contemplaríamos emocionados el brotar de maravillosos bosquetes de autóctonas frondosas, diseminados por la sempiternamente verde geografía várdula.

Fieles a un ecosistema, conservaríamos nuestro envidiable paisaje para solaz de nuestro espíritu y legado de futuras generaciones. Pero aún me queda otro elogio para los ediles renterianos que reman contra corriente con visión de futuro, enalteciendo en un acto didáctico las nobles especies arbóreas, de un tiempo a esta parte arrumbadas por la mayor rentabilidad del pino «insignis».

Hace exactamente cien años, que el aristócrata y político bilbaíno, Mario Adán de Yarza, plantó el primer ejemplar de *pinus radiata* (comúnmente denominado *insignis*) en Euskalerrri. Por la coincidente efemérides centenaria, permítame, lector amigo, que me explaye sobre el tema.

EXCESO DE PINARES

En 1873, llegó a nuestra tierra el pino *insignis*, que por carecer de nombre euskérico se le llamó con una prestación de su nombre linneano: *piñua*. Se aclimató muy bien y su crecimiento era mucho más rápido que el de las clásicas especies. A cien años vista de aquella experiencia, a cambio de bosques de frondosas, tenemos pinares, que equivale a decir *fábricas de madera*. Casi un tercio de la superficie total de Guipúzcoa—sesenta mil hectáreas—se hallan ocupadas por resinosas, con predominio del pino *insignis*.

Es cada día mayor el desfase entre la superficie ocupada por las diversas variedades de caducifolios autóctonos y las exóticas coníferas. Los *muy nuestros*: *aritzak* (robles), *pagoak* (hayas), *gazañak* (castaños), *lizarrak* (fresnos), *urkiak* (abedules)... sucumben bajo el hacha implacable y, en su lugar, se planta el *insignis*.

¡Cuántas veces habré invocado el ponderado acuerdo de las Juntas Generales de Guipúzcoa, reunidas en Azcoitia el 1657...! Prohibieron talar árboles jóvenes, permitiendo derribar los maduros, siempre que por cada ejemplar talado se plantasen dos de su misma especie. Aquellos diputados

guipuzcoanos de tres centurias atrás, profetizaban lo que iba a suceder respecto a la deforestación, porque si alguna profesión es rigurosamente fiel a su nombre, es la de *exploraciones forestales*... Donde entra la motosierra, llegó la desolación.

La brutal metamorfosis de 60.000 hectáreas de pastizales, terrenos de labrantío o bosques de caducifolios, transformados en pinares, inciden gravemente y con signo negativo en la visión del paisaje, otrora risueño y de variado verdor. El pino *insignis* es la mortaja del paisaje vasco. Teniendo en cuenta el pragmático ambiente de nuestra sociedad consumista, el argumento de la pérdida de un valor de signo espiritual, el paisajístico, es probable que provoque estúpidas risitas, típica reacción de un país cívicamente decapitado.

A Vizcaya y Guipúzcoa, con el pino *insignis* les ha sucedido lo que a nuestro organismo con el vino. Bebiéndolo en convenientes dosis, es reconfortante y saludable, pero si abusamos de él, nos esclaviza y destruye.

PERJUICIO DEL MONOCULTIVO

El abuso, mejor dicho, el monocultivo del pino *insignis* está creando serios problemas. Las plagas existen allí donde el hombre actúa contra los ecosistemas naturales. En el País Vasco, la ambición de este ser heterótrofo (léase el hombre) ha alterado el ecosistema, provocado por el bárbaro monocultivo del *insignis*. Con ello, ha creado dos plagas fatídicas que atacan y ponen en peligro la vida de las resinosas. La *Thaumetopoea Pityocampa Schiff*, conocida vulgarmente como *procesionaria* y el *Pissodes Notatus Fabr*, que actúa preferentemente en los ejemplares jóvenes, llegándolos a secar en poco tiempo.

Cuando entre caducifolios y coníferas existía un equilibrio cuantitativo, los pájaros se comían a los bichos que ahora constituyen plaga. El monocultivo del pino ha ahuyentado a los pájaros, ya que la impregnación resinosa en su plumaje entorpece su vuelo y anidaje.

Huelga indicar que los peligros de incendio en nuestros montes ha aumentado con el monocultivo de las resinosas. Otra de las espadas de Damocles que se cierne sobre el *insignis* es el rigor del invierno, de manera especial para los ejemplares sitios en altitudes superiores a los 500 metros. Y para terminar, el pino acidifica la tierra, siendo notoria la pobreza del *humus* del *insignis* reflejada en la escasa variedad de setas que se recolectan en el pinar. Admite pocas plantas simbióticas y mucha maleza que favorece el impune desenvolvimiento de las alimañas.

Los economistas, esgrimen argumentos favorables al *insignis*, ya que las personas físicas que lo plantan pueden beneficiarse de su tala. Pero este argumento que comprendo sea favorablemente aceptado en entidades particulares, nunca debiera de admitirse en nuestras Corporaciones provincial y municipales. Como por segunda vez lo ha hecho el Ayuntamiento de Rentería, plantando robles en Malbazar.

Por cuanto antecede, pues, envío mi más entusiástico ZORIONAK! a don Ramón Múgica, primera autoridad renteriana, *mendigoizale*, amante de la naturaleza, y a cuantos le secundan en la organización de la «Fiesta del Arbol».

La pasada Nochebuena, los del «Urdaburu» nos hicieron subir hasta su monte. Entonces en Malbazar no había más hayas que las que dan sombra a la chabola, y por si un día también éstas faltan, las retratamos. Ahora, sin embargo, se sienten seguras, mientras cuidan de los 3.000 retoños que las circundan.
